

viene a decir su mensaje a los hombres. He aquí su destino y el elemento trascendental de su poesía. Pero ésta no tiene el sentido panteísta, grandioso y puro, de donde fluye el optimismo inagotable de un Guerra Junqueiro, sino la atormentada, la cavilosa duda filosófica, el torcedor analítico, la disección maníaca de la realidad que le circunda y a la cual interroga vanamente. Tal estado mental alterna con trances de tierna emotividad, que lo fija en afirmaciones sencillas y consoladoras, cuando se pone en gracia de sí mismo y de acuerdo con la fe cristiana: "Somos cuatro arriños — que van sin pastor; — — somos cuatro niños — huérfanos, Señor. Niños que pasean — por la angosta vía, — uno de otro en pos; — pero no se crea — que vamos son guía: — ¡adelante va Dios!". Y en una y otra actitud, el poeta no puede sino ser sincero. Arévalo Martínez — observa Luis Alberto Sánchez — "desconfió de Dios, de ese Dios que, para él, es como el buen Dios de Rainer María Rilke... ¿Qué le alejó de Dios? Se lo he preguntado. Me dió una respuesta larga y confusa. Perdióse en el dédalo de sus fantasías. Forjó un Sér a imagen y semejanza de sus perplejidades". Pero esto no es lo importante. Muchos desconfían y se alejan de Dios para volver mejor a su fe en El. La clave de esa huída parece estar en cierta aridez del alma, causada por el prurito racionalista del poeta. Me induce a suponerlo esta observación íntima de Alberto Velázquez: "A Rafael no lo he visto reír ni llorar nunca. Esas manifestaciones anímicas están por encima de su cansancio espiritual y físico: es él como un ave que se mece en su alcándara, entre el sonreír y el sonllojar". Mas... ¿llora realmente su poesía: Su poesía acendra, si se quiere, todas las amarguras, todas las congojas, todas las angustias y las quejas; pero no tiene el lloro, que es consuelo, bálsamo de humildad sobre heridas y desolaciones, que fertiliza y ablanda, y hace brotar la intuitiva certeza de que el alma, lo más dócil que existe a la infección — según el pensamiento de Keyserling — cura por su propia virtud de todas las infecciones. Y esto ocurre en él a pesar de su exultante amor a la vida, que canta y exalta en sus ratos buenos. Ese amor, en ocasiones frenético, casi delirante, acaso le salvaría si no lo empañara su pavor, entre filosófico e instintivo, ante el fenómeno de la muerte, y el espanto deleitoso que le provoca el trágico prodigio de esa misma vida: el seductor enigma impenetrable... Estas sensaciones, en él persistentes, son ajenas a los místicos de Dios o de la Naturaleza.

No es extraño así que Arévalo Martínez sea un gran egoísta. No puede dejar de serlo aquel que agoniza, asfixiado a pausas, entre los garfios diabólicos de alguna de esas indescriptibles neurosis que parecen ser el precio que se paga por el dón poético. Es derecho que otorga el padecer — el sudor de sangre evangélico — acrecentado en la soledad de estas almas que nada ni nadie puede rescatar. Lo declara él, con dejo de mansa resignación y displicente desprecio a su propio mal: vive "entregado al infinito egoísmo de contar las pulsaciones de mi dolor", obsesionado por el complejo de su "incapacidad de vivir". Sin embargo, su mal se reduce a vivir más intensamente que los demás, a reaccionar con más hondo sentido de individualidad que los hombres ordinarios, allá en la isla desierta de su yo, nunca conocido en su verdadera realidad. Y así va, a rastras de su espíritu, creído de que, por enfermo y solo, ya no es el hombre en su integridad humana sino el "monomaniaco inofensivo", que se entretiene "tejiendo estrofas con sus versos", en juego inútil y divino...

La génesis de ese lacerado egoísmo parece estar en una necesidad de imperiosa defensa contra sí mismo, contra los hombres, contra la vida y la muerte; y, por derivación o por contraste, hace de él un ególatra. Sin quererlo o consintiendo en ello, ha de vivir sólo atento a sí mismo, amándose aun en sus trances de repudio y vilipendio a su naturaleza carnal, como el sujeto más digno de interés, en un modo de extático y doliente narcisismo. Es tan sostenida esta actitud mental, tan fijo y permanente ese estado de alma, que no cabe sospechar ninguna simulación, originada en la voluptuosidad masoquista que suele afligir a no pocos hiperestésicos, pero que resulta impropia de la desnudez interior que caracteriza la personalidad del hombre y del poeta. "Casi toda la poesía de Arévalo Martínez — apunta Velázquez — es

un canto a sí mismo, y expresándolo con un verso suyo, diré de ese canto que se llama Desesperación". Desesperación se traduce por negación, por vacío, por la Nada sartriana. En ese sentido, desesperado equivale a falta de algo substancial que no puede llenarse jamás...

5

Con semejantes premisas, podría aceptarse que nuestro poeta es, en términos de literatura, un decadente, como se le tuvo y él se definió: "Mi musa obscura, — de ojos ya velados, ya videntes; — mi musa de fracaso y de belleza, — se ha aferrado a los versos decadentes — por lo bien que disfrazan su locura — y por lo bien que expresan su tristeza... ¿Qué es femenil la queja? Y bien ¿qué importa — si ya no somos hombres?"...

¿Qué se entiende por decadentismo? Difícil admitir una definición, que luego sale sobrando, o dar una interpretación entre tantas como se han dado. Brañas cita varias, todas insuficientes y pueriles: "derivación degenerada y enigmática del simbolismo"; "refinamiento de la sensibilidad y el estilo, que se apartan de la sencillez y neutralidad"; "barbarie pasajera", al decir de Menéndez y Pelayo. Todo eso es miopía de eruditos, suficiencia de ateneo. Si preferimos la acepción simple del vocablo — **ir a menos, disminuir** — debe convenirse en que Arévalo Martínez sólo es decadente porque él lo dice y lo acepta, hasta con fruición, casi con orgullo, como si se tratara de una patente de superioridad. El decadentismo suyo no pasa de ser impudor y displicencia, fatiga y desasimiento del valor positivo de las cosas, de su significación práctica, como ahora se dice. En el fondo, neurosis. ¿Pero quién ha demostrado que la neurosis implica decadencia en el orden intelectual? Al contrario: se ha observado que el genio, y aún menos, el talento artístico, aparece casi siempre alguna anormalidad nerviosa o mental. "El decadentismo que se dió por aquellos días — afirma Brañas, y es verdad — era todavía moderado modernismo". Los impugnadores locales de éste no hacían más que cumplir con una consigna de la crítica en boga, hacer suyo un cargo que se formulaba afuera por los tradicionalistas españoles, para quienes la opinión de Menéndez y Pelayo equivalía al **magister dixit** sin apelación...

En el poeta guatemalteco, la inestabilidad de ánimo, el dolor, la desesperanza, eran reales y sinceros. Pero en eso no había decadencia. A la inversa, había vigor, voluntad creadora, fascinación por

COMO CONSEGUIR LA PAZ MUNDIAL

Solicite gratis folleto
ilustrado a todo color de esta
fundamental obra
directamente al autor

Carlos Armero Sixto

Casilla de Correo 254

La Plata. — FCNGR. ARGENTINA